

los siglos ha podido reducir a ruinas el torreón antiguo del antiquísimo manoir de los condes, asiento en otro tiempo de una corte de amor; Maillane y la casa del poeta, Saint Remy y las antiguallas romanas, Aix y sus iglesias y fontanas. Y con los recuerdos del viaje, vuelven también las reminiscencias literarias.

Desde luego Mistral: su sólo nombre evoca la historia de hazañas y prodigios del pobre pescador de anchoas a quien el amor transformó en un héroe de leyenda, el idilio de la muchacha de la granja de las Almezas enamorada de un cestero, los primores líricos de las Islas de oro. En seguida Roumanille, tierno felibre nacido en un humilde *mas*, que comenzó a componer versos en el dialecto materno para obsequiar el gusto de su madre que no sabía francés; Aubanel el autor de la *Granada entreabierta*, «libro inmortal de pasión y desesperanza» y uno de los mejores frutos de las letras meridionales; Daudet, cuyo molino alza todavía sus aspas en una colina como si quisiera jugar con la tramontana y el mistral y cuyos cuentos tienen todavía embrujados a los buenos gustadores de arte. Difícil será en efecto, olvidar la multitud imaginaria que puebla las montañas y llanuras de Provenza y hace la gloria de los herederos prestigiosos de la lengua de oc, de los continuadores actuales de las tradiciones caballerescas, de los nietos de aquellos trovadores que alentaban con sus cantos los desmayos de las princesas recluidas.

Desde el hada Esterelle hasta la bruja de Baux, desde el viejo pastor de caballos del Vacarés, cuyo tesoro guarda la yerba que mata y la yerba que cura, hasta el pastorcillo que cuida ovejas en el Luberon y sabe todos los secretos de las estrellas y todas las maravillas del cielo, desde la rencorosa mula del Papa hasta la cabrita del señor Seguin que prefirió el riesgo del lobo a los rigores de la cuerda, todas estas creaciones e inventos tendrán vida eterna. Literatura admirable, ésta que ha tenido por único inspirador el más bello sol del mundo, y que vivirá tanto como viva «aquel celeste diamante de vida», bajo cuyo patronato han puesto su estro los poetas provenzales y los artistas que escribiendo en francés hablan de cosas y costumbres provenzales.

Mistral, principalmente, es un ejemplo de esta devoción astral. El vive de lo que muere Mireya: del sol. De su genio podemos decir nosotros lo que él dice de la cigarra: C'est le soleil qui la fait chanter. Su aureola de bardo es un nimbo solar, el más hermoso destello del cielo de su patria y su obra poética un himno constante y entusiasta al sol que madura los frutos y hace enloquecer de amor a las muchachas. Toda ella parece aun candente y luminosa como si acabara de salir de la fuente de su origen... Si quisiéramos designarla con un título general sería fácil encontrarlo. No habría más que ponerle el del himno que el mismo Mistral compuso para los orfeonistas de Avignon: la canción del sol.

Mi adiós al Conde León

El viejo León ha muerto! Hacía tiempo que tenía ganado el eterno reposo. Se va después de una larga existencia llena de meditación y de dolor. Caso de longevidad magnífica que recuerda las vejezes radiosas: Homero, Gladstone, Hugo, Tiziano.

Sencillo como Homero, austero y

noble como Gladstone, generoso y arrebatado como Hugo, incansable como Tiziano, así ha sido el gran Conde. Pero a diferencia del cantor ciego que iba a entretener el aburrimiento de los palacios con el épico elogio de los héroes amados de los dioses, cuyas caídas estremecen la tierra en los exá-

